

tamiento del Sur como un accidente sin plan fijo y sin concierto, y ya pensaba retirarse Comonfort á Acapulco cuando encontró un favorecedor en su amigo D. Gregorio Ajuria, con cuya proteccion compró armas, municiones, vestuario y demas, cargó un buque con los efectos y el 7 de Diciembre se presentó en Acapulco donde le recibieron con grande regocijo. Este oportuno auxilio llegaba precisamente en los momentos críticos en que la revolucion estaba á punto de sucumbir, por las combinaciones que el gobierno desarrollaba para estrechar á las partidas de pronunciados á que presentaran batalla, en la cual la ventaja estaria, sin duda, en favor de la organizacion unida al mayor número. Zuloaga amagaba la Costa-Grande y derrotaba á Morcno, y Barberena marchaba por Costa-Chica en combinacion con Castillo; más con las armas y municiones que condujo Comonfort, fueron arregladas nuevas secciones que marcharon á reforzar á las que ya carecian completamente de pertrechos, sitiaron é hicieron prisionero á Zuloaga en la hacienda de Nuzco, adhiriéndose á los libres la fuerza que mandaba, y Barberena fué encerrado en San Márco de donde con dificultad salió; en un momento ardió la revolucion como inmensa hoguera por toda la República, y encontrando los cogidos de leva una oportunidad para escapar de la tiranía, comenzaron á desertar aun batiéndose con los superiores, y no quedó en la vasta extension del país un solo punto donde dejaran de sentirse síntomas alarmantes; creciendo el número de sublevados, avanzaban sin que la Dictadura lograra ahogar con sus falsedades y la sangre que derramaba, los instintos generosos del pueblo.

Los reveses sufridos por las tropas del gobierno hicieron aun más odiosa su política, castigando sin piedad á los habitantes de las poblaciones que presentaban resistencia, lo que dió ocasion á que estuviera tan pujante la revolucion á principios de 1855. Las órdenes expedidas para arrasarse los pueblos que abrigaran á los sublevados, muchas veces no fueron obedecidas por los gefes que prefirieron arrostrar más bien con la saña del Dictador y sus ministros. Tanto se habian agriado los ánimos, que ámbos bandos se trataban con inaudita crueldad é inestinguible aborrecimiento, y vino á ser la guerra por la revolucion de Ayutla tan desastrosa como la de Independencia: grandes gavillas recorrían á Michoacan, Guanajuato y Querétaro; pero al aceptar D. Santos Degollado el mando en jefe de las fuerzas en Michoacan, llevóles el prestigio que en vano habian procurado proporcionarle caudillos ménos conocidos que él; desde luego condujo un ejército sobre Guadalajara, dando un ataque desgraciado. La tirantez gubernativa llegó á disponer que fuera multado el que hablara en favor de un ladrón, no siendo defensor nombrado; aparecieron severas disposiciones para reconocer á los que viajaban en las diligencias, y se mandó quedaran destituidos de sus empleos los sospechosos de desafectos al gobierno; quiso dar éste una prueba de moralidad publicando la cuenta de inversion de los diez millones de la Mesilla, en la cual figuraban setenta mil pesos que se pagó el cónsul general de México en Washington, Sr. Arrangoiz, empleado con sueldo, quien llamó á dicha cantidad una gota de agua en el mar del erario. Su Alteza publicó un manifiesto ampliando las ofertas que hiciera en Veracruz de ser gobernante y no partidario, y aun llegó á conceder un indulto general; pero ya era tarde y sus ofertas, más que consejos de sana política podian tomarse como gritos del miedo; los pronunciados obligaron á las tropas del gobierno concentrarse en Toluca y por todas partes eran acosadas aunque los partes oficiales referian siempre derrotas de los libres.

Los comandates generales dieron terribles órdenes contra los que esparcieran noticias alarmantes ó hablaran mal del gobierno, en tanto que los pronunciados exigían á

los hacendados crecidos préstamos, amenazándolos con la destruccion de sus propiedades en caso de negativa. Para contener la sedicion y ejecutar el plan de campaña en el Sur, volvió á marchar Santa-Anna hasta Iguala, procurando estar cerca del teatro de la guerra que tanto desarrollo tuvo al regreso de Comonfort, quien pasando á Michoacan organizó en lo posible la revolucion, impidiendo que en nombre de ella fueran saqueadas las poblaciones y siguieran cometiéndose las depredaciones que tanto la desacreditaban. Conoció Santa-Anna que Michoacan habia llegado á ser el punto céntrico de sus enemigos, y partió para Morelia el 30 de Abril, (1855,) dando por motivo para ello en una circular, la necesidad que sentia por el completo restablecimiento de su salud y el mejor servicio público. Recibido en el tránsito como de costumbre, con arcos y músicas, en Morelia se le hizo, por disposicion gubernativa é influencia del clero, casi una ovacion, tirando el pueblo del carruaje hasta el alojamiento de Su Alteza, que pasó bajo arcos triunfales adornados con dísticos é inscripciones, llegando á oírse vivas á Antonio I. A mediados de Mayo salió de Morelia sobre Zamora que tomó porque era táctica de los pronunciados no presentar batalla formal, encontrándose Su Alteza con que ya no tenia enemigos que le hicieran seria resistencia; sin embargo, era hostilizado por todas partes, y en la expedicion que hizo á Ario tan solo luchó con las tempestades, los aguaceros y las neblinas, lo cual le obligó á exclamar que no habia ido á combatir con los elementos; regresó á Morelia y á México sin sacar fruto alguno de sus viajes. Desde entónces se desbordó la revolucion como un torrente é inundó todo el país, y mientras que una circular del ministro de la Guerra anunciaba que habian quedado en Michoacan asegurados la tranquilidad y el orden, escalonó Su Alteza tropas hasta el puerto de Veraacruz, y aun celebró con opíparo banquete el dia de su santo en Tacubaya; los santanistas daban por cierto que Santa-Anna iba á ponerse al frente de las tropas que combatian en Nuevo-Leon, y las adulaciones de los que no querian ver lo que pasaba, continuaban hasta el grado de levantar en Cholula una columna en su honor y asegurar el gobernador de Aguascalientes que Santa-Anna era déspota, pero no malo.

Derrotado en el Departamento de San Luis Potosí el general Güitán y desgraciadas otras expediciones enviadas contra los sublevados, tomó la revolucion un grande desarrollo, y como Su Alteza carecia ya de recursos para sostener las grandes fuerzas en que basaba su sistema de terror y de persecuciones, vió con claridad su posicion aun al través del incienso de los aduladores, que le hacian creer que la Nacion estaba conforme en obedecerle como á su amo y Señor y pensó en dejar á México; pero ántes quiso tentar el remedio, variando la senda torcida que seguia, y llamó al Consejo á sesiones extraordinarias para consultarle si era conveniente dar una Carta fundamental, y aun presentó su renuncia; ésta no fué admitida y tampoco la idea de convocar el Congreso Constituyente, dominando más bien el deseo de restablecer las Bases Orgánicas; vino al fin á triunfar la opinion en favor de un Estatuto orgánico y la idea del Sr. D. Bernardo Couto acerca de la inutilidad de transar con los revolucionarios, á los cuales, dijo, es necesario vencer ó combatir hasta sucumbir; inclinábase esta política á destruir la debilidad de Santa-Anna que parecia plegarse á las exigencias de la revolucion, en cuyo sentido le atacaba fuertemente un impreso titulado: «Ya no es tiempo de reformas.» La inutilidad de cualquiera medida política y la pobreza del erario, determinaron á Santa-Anna á dejar á México, aparentando que aun podia sostenerse y que su revolucion era un acto de desprendimiento. Ya desde Julio corria muy valida la voz

de que abdicaría y la contradujo el «Diario Oficial,» asegurando que á Su Alteza, voluntad de hierro, no le arredraban los obstáculos é inconvenientes, y aparentando calma el Dictador todavía puso la primera piedra para el camino de fierro entre México y Tampico. Mas como aumentaban los pronunciados en el Oriente y corría el riesgo de que le fuera cerrada la salida, acabó la vacilacion y con el pretexto de que iba á pacificar el Departamento de Veracruz salió de la capital, engañando aun á sus mismos partidarios, pues en una circular fechada el 2 de Agosto, sostenía el Sr. Lares ser un rumor gratuito y malicioso el relativo á la partida de Su Alteza para el extranjero, mandaba perseguir como perturbadores á los que lo propagaran, calificando los periódicos santanistas de bárbaros y estúpidos á los que sostenían que Su Alteza se embarcaba.

Esto se decía oficialmente cuando la familia de Santa-Anna dejaba la capital y el «Diario Oficial» declaraba que Su Alteza tenía razones para creer que el país se avenía á la revolucion y la dejaba crecer; por último, en la mañana del 9 de Agosto á las cuatro y media, partió el Dictador acompañado del oficial mayor del ministerio de la Guerra y de una escolta, y se encaminó á Veracruz quedando los ministros facultados para el despacho de los negocios. Al mismo tiempo fué publicado el decreto en que el Presidente organizaba el Poder que había de reemplazarle en sus faltas, y que era un triunvirato compuesto del presidente de la Suprema Corte, asociado á los generales Carrera y Salas, siendo suplentes los generales Diaz de la Vega y Mora y Villamil, cuyo Poder se organizaría cuando falleciera Su Alteza ó declarara en documento firmado por su mano, no poder continuar en el mando; el primer acto de este triunvirato había de ser convocar un Congreso Constituyente. El general Diaz de la Vega quedó mandando en la capital. Al tenerse conocimiento de la marcha de Santa-Anna se percibió por todas partes sorda agitacion é inquietud, confirmando lo peligroso de la situacion el silencio de la prensa oficial, y aunque los más allegados á Su Alteza negaban de una manera absoluta que éste dejara el país, no se comprendía cómo de otra manera había sido hecha la publicacion del «pliego cerrado,» en que el jefe del Estado nombraba sucesor. La crisis en aquellas circunstancias era tanto más urgente, cuanto que millares de mexicanos gemían en los calabozos ó comían el pan del destierro por desafectos á un orden de cosas que había dejado de ser, y no se podía dar disposicion alguna (Agosto 12) que pusiera fin á los desórdenes, porque el tirano aun estaba en el territorio mexicano. Además, los delegados del Dictador no podían devolver á la sociedad la libertad del pensamiento, de la palabra ni las garantías que ofrecía la revolucion. Varios gefes militares aconsejaban al general Diaz de la Vega que tomara el Poder y defendiera al partido conservador en caso de que Santa-Anna se embarcara; pero conociendo la inutilidad de tal paso limitóse á conservar el orden en la capital.

Llegado Santa-Anna á Perote, declaró el 12 de Agosto que dejaba al país, y dió un manifiesto asegurando que por la Patria había abandonado los tranquilos goces del hogar doméstico, mandó al general Diaz de la Vega, con insistencia, que instalara el triunvirato, á lo cual le fué contestado al siguiente día que ya la capital había secundado el Plan de Ayutla. Entonces apresuró su viaje, y haciendo trasportar el día 16 á su familia á bordo del vapor de guerra «Iturbide,» pasó al mismo á las cinco y media de la mañana siguiente y á las dos de la tarde emprendió su viaje á la Habana, de donde luego se dirigió á Cartagena, dejando en su Patria tan solo escombros y ruinas, al lado de una monstruosa legislacion y de odios inestinguibles. Relegado al destierro en diversos puntos del extranjero, permaneció más tiempo en San Thomas y despues no

vino á ser sino un recuerdo de los errores que tanto mal hicieron á México; acabó su partido y en su vano orgullo se consumió aquel que pudo prestar útiles servicios á su Patria, por la brillante posicion en que estuvo colocado. Pasados varios años quiso volver á influir en la política; se hizo presente en Veracruz, sujeto á la Regencia del Imperio presidida por Almonte, á fines de Febrero de 1864, y no se le permitió que pasara de Orizava obligándolo á reembarcarse con motivo de su comportamiento; le fué impuesta por los franceses la precisa condicion, ántes de desembarcar, de que firmase una acta adhiriéndose á la intervencion y al Imperio, comprometiéndose solemnemente á no publicar manifiesto alguno que tendiera á probar que volvía á su Patria con otro carácter que el de simple particular; firmó el acta y el compromiso á bordo del paquete inglés «Cronway» y desembarcó con su familia; pero al día siguiente trasmitió á México y permitió que se imprimiera en Orizava un manifiesto dirigido á sus compatriotas, en el que, aunque admitía el Imperio tendía á despertar las pasiones, por lo que se le intimó que abandonara el territorio mexicano y pasara á bordo de la fragata «Colbert.» Regresó á San Thomas y estuvo allí hasta que próxima la ruina de Maximiliano pasó á los Estados-Unidos, donde propuso á Mr. Seward la formacion de un cuerpo de ejército para acabar con el trono levantado en México, y se dirigió al Presidente Juarez ofreciendo sus servicios que no fueron aceptados por las sospechas que infundían sus antecedentes; fué considerada perjudicial la admision de la oferta porque como militar había faltado á la fidelidad hácia sus gefes, y como gobernante no estuvo jamás firme al lado de ningun partido.

Sus bienes fueron intervenidos tan luego como triunfó el partido liberal en 1855, dando el primer decreto el gobernador La Llave, y en Chihuahua fué declarado el 6 de Julio de 1866, que Santa-Anna había incurrido en el delito de traicion en alto grado por haberse sometido al Imperio y por lo mismo fueron confiscadas sus propiedades. Todavía en 1867 apareció en Veracruz, mientras el sitio, á bordo del vapor «Virginius» fletado por su cuenta, queriendo levantar una bandera que sustituyera á la que sucumbió en Querétaro con Maximiliano. Cuando se preparaba á desembarcar le hizo prisionero un buque norte-americano, hasta que Veracruz fué tomado por los republicanos, y entonces se le permitió que pasara con el «Virginius» á donde le pareciese; yendo para la costa de Yucatan fué hecho prisionero por la flotilla de Campeche y llevado de Sisal á Mérida y despues á Veracruz, donde se le formó causa y se le sentenció á ocho años de destierro. Vuelto á la Habana aun conspiró tratando de influir en la marcha política de México; pero ya eran estos los postreros esfuerzos del anciano que se convenia de que su influencia había muerto en México y de que no era necesario en este país, contra lo que él se figuraba. Habiendo regresado á la República en 1874, acogido á la amnistía, solicitó no solamente que se le volvieran sus bienes, sino el grado de general y el sueldo respectivo, todo se le negó y como insistiera en su solicitud ni aun le fué contestada su última comunicacion. Pasa en el olvido amargos días considerando lo que valen las glorias humanas, y lamentando no haber aprovechado las épocas en que pudo afirmar la dicha de sus conciudadanos. Su gloria de los primeros años habría quedado prestigiada, si no hubiera venido á su Patria á solicitar el grado y los sueldos, que sus contrarios en política le habían indicado bastante que en justicia no podía obtener.